



*No nos acostumbremos a la barbarie, no nos convenzamos de que la violencia es problema de los que en algo andan; esa fantasía es insostenible.*



**ALMA DELIA  
MURILLO**  
 @AlmaDeliaMC

## Instinto social

**P**arece, a ratos, que las víctimas de la barbarie están desesperadamente solas.

Que cualquier otra cosa es más importante que esas treinta desapariciones diarias, que esos doscientos mil homicidios dolosos en el último sexenio, que esos ciento veinte mil desaparecidos. Es cansado, lo sé, volver al tema, pero más vale no cansarnos porque registrado el estruendo con el que aplauden los aplaudidores con su aplastante y fabulosa mayoría, vamos a tener que esforzarnos mucho para que lo que se tiene que oír, se oiga: en este país la barbarie se está institucionalizando. Lo que empezó hace veinte años no ha hecho sino devorar un límite tras otro.

El más reciente tiroteo de acontecimientos violentos deja claro que a la realidad no hay quien la mayoritee: la primera semana de gobierno de la presidenta Claudia Sheinbaum no hizo sino sintetizar en unos cuantos días el estado ingobernable en el que vive México. De los migrantes asesinados por el Ejército en Chiapas y un alcalde de una ciudad

central como Chilpancingo decapitado a un ingeniero de iluminación de cine asesinado en Xalapa... todo con el telón de fondo de la crisis en Sinaloa que no termina, el escenario es desolador.

¿En qué andarían?, ¿sobreviviendo, intentando gobernar, trabajando?

Es cada vez más ridículo e insostenible el comodín con el que se elude el tema: son gente del crimen organizado, si vives tu vida impecablemente a ti no te va a pasar nada. Que le pregunten a la gente en Culiacán que no puede siquiera mandar a sus niños a la escuela.

Al menos, hay que decirlo, la nueva Presidenta no se burló y no descalificó los hechos, al menos ha querido admitir que hay una necesidad prioritaria presentando un plan de Seguridad –por insuficiente que resulte– al inicio de su sexenio.

Ya sé, dirán que me conformo con poco, pero cómo negar el alivio que es no escuchar la risa sardónica de un Andrés Manuel que dejó el pódium mañanero absolutamente embriagado de poder, incapaz de reconocer su fracaso

ante la violencia, incapaz –y en esto tan parecido a Felipe Calderón– de disculparse con las víctimas que durante su sexenio vieron teñirse de sangre las calles de tantos estados y municipios, incapaz de recibir a las madres buscadoras que no cesaron de pedirle audiencia.

Estamos agotados y es comprensible, a menudo tengo la sensación de que nuestros sistemas interpretativos son insuficientes para la violencia sistémica y degenerativa que vivimos. Nos vamos quedando sin lenguaje y apegarnos al conteo funesto no hace sino ahondar la sensación de vacío: setenta mil cuerpos sin identificar en las instancias forenses, cincuenta mil desaparecidos en el sexenio de López Obrador... es una capa estadística que se suma al conteo del horror que llevábamos desde el gobierno calderonista.

¿Cómo hablaremos de esto? ¿Cómo llegamos a un país de ejecutados, decapitados, cercenados, entambados, embolsados, desintegrados en ácido?

Pienso también que no ha llegado el día en que no reaccionemos ante la



espectacularidad de los eventos sangui-  
narios que presenciamos. Otra jodida  
victoria pírrica, pero visto el oscuro pa-  
norama toca cuidar nuestra capacidad  
de asombro.

¿Cuándo empezaremos a hablar  
de juicios atendidos, de casos resuel-  
tos, de bases de datos de ADN, de jus-  
ticia retributiva y restaurativa, de sitios  
de memoria?

Son los colectivos de búsqueda quie-  
nes han puesto en el espacio público  
un lenguaje que el resto de la sociedad  
necesitamos aprender y nombrar.

El 26 de septiembre pasado volvi-  
mos a marchar por Ayotzinapa, parecía-  
mos muchos, pero lo cierto es que esas  
filas han ido aflojando y que este sexe-  
nio nos dejó cansados y polarizados y  
vamos a tener que encontrar el camino  
de regreso de esa crispación.

No nos acostumbremos a la bar-  
barie, no nos convenzamos de que la  
violencia es problema de los que en  
algo andan porque a estas alturas esa  
fantasía es insostenible. Dejar solas  
a las víctimas es pavimentar nuestra  
propia soledad.

No saquemos el corazón del im-  
pulso colectivo, no guardemos silencio.

Como dice Primo Levi: “No creo  
que el ser humano es fundamentalmen-  
te brutal, egoísta y estúpido tal y como  
se comporta cuando toda superestruc-  
tura civil es eliminada... pienso más bien  
que, frente a la necesidad y el malestar  
físico oprimente, los instintos sociales  
son reducidos al silencio”.